

SIMCA-EL 5 PLAZAS CON NERVIOS

OFRECEMOS: Tomar su coche usado. Cómodos plazos mensuales. Demostraciones sin compromiso. Visitenos con su familia incluso sábados tarde.

EXPOSICIONES:

MANUEL REY

BETANZOS: Magdalena, 8. Teléfono 499.
FERROL: Avda. Generalísimo, 209. Teléfonos 354990 y 354991.

DISTRIBUIDOR

BARREIROS  CHRYSLER

La Voz de Galicia

DELEGACIONES:

FERROL: Canalejas, 84 - Telf. 351476 VIGO: José Antonio, 62 - 1.º - Telf. 223311
SANTIAGO: Fte. de S. Antonio, 19 - Telf. 581035 ORENSE: Santo Domingo, 39 - Telf. 216454
LUGO: Buen Jesús, 2-2.º - Telf. 211070 CARBALLO: Desiderio Varela - Telf. 65

RIERA Firestone

APARCAMIENTO INTERIOR LOCAL
CUBIERTAS — REPARACIONES
EQUILIBRADOS RECAUCHUTADOS
Federico Tapia, 67 Teléfono: 232726

de SOL a SOL

CURSO DE INGLÉS; Y AHORA, EL DE FRANCÉS

AYER informaba LA VOZ DE GALICIA del examen de inglés una vez finalizado el curso seguido por numerosos lectores a través de la diaria publicación de lecciones, exámenes y respuestas. Cada alumno examinando recibió con su correspondiente carpeta un breve cuestionario que pedía su opinión acerca del curso, si cree interesante la publicación de algún otro idioma y cual de ellos estima más importante aprender.

El alumnado se mostró unánime en proclamar el acierto de este servicio ofrecido por nuestro periódico a sus lectores. Luego siguen las notas curiosas en cuanto a preferencias respecto al idioma que les gustaría seguir en lo sucesivo. Y he aquí el interesante resumen:

Por el francés se pronunciaron 35 alumnos; por la repetición del curso de inglés, 14; por el idioma ruso, 13; por el italiano, 12, y por el japonés —hemos dicho el japonés—, 11, esto último con atención —explican, concretando, cuatro de los estudiantes— a los formidables avances de aquel país oriental.

Al francés lo consideraban estos alumnos, en general, como idioma internacionalísimo, «que con el español y el inglés completa el mejor método para andar por todo el mundo». Al italiano no le faltan adeptos «porque son, como nosotros, latinos»; al ruso, por su actualidad; y al alemán, porque también es idioma necesario, a juicio de algunos de los encuestados.

La repetición del curso de inglés se fundamenta —aclaran— en la posibilidad de alcanzar un más completo dominio del idioma. Y no faltaron quienes anotaron como sugerencias las de cursos de arte, música y la posibilidad de que «como soy ama de casa, trabajo en una oficina y tengo poco tiempo, no puedo practicar el inglés: ¿no habría alguna forma de facilitar estos contactos con otras personas que lo hablen?».

En definitiva, el balance es óptimo. Refleja patentemente un interés colectivo que aquí ya hemos detectado con la afluencia de inscripciones para el examen, sin que por causas diversas pudieran acudir a él todos los que habían solicitado la participación y pese a tener en su poder la totalidad de exámenes, respuestas y lecciones del curso bien ordenadas y cuidadosamente guardadas.

La cuestión ahora es que nuestros lectores —los de LA VOZ DE GALICIA— desean que el servicio siga prestándose. Y ante tan agradable exigencia podemos anticipar aquí que en fecha próxima será publicado el curso de francés.

Atención, pues, y a prepararse para estudiar.

ARISTARCO

HECHOS Y FIGURAS

ENTRE PADRES E HIJOS



HAIM GINOTT

Con un fin irracional, su hijo insiste en que la sopa está salada y que sus deberes son demasiado difíciles. ¿Qué debe hacer tu padre? El problema es fácil, dice el psicólogo Haim Ginott: manténgase sereno y comprensivo:

«¡Oh!, si está muy salada para ti. Me gustaría poder darte otra cosa». Y también: «Si, efectivamente, tienes muchos deberes para hacer».

Lo más probable es que el niño se tome la sopa a pesar de todo y que se decida a estudiar y a hacer los deberes.

Como un creciente número de padres están dispuestos a testificar, la estrategia de comprensión de Ginott parece dar excelentes resultados. El secreto es que anima a los padres a mostrar respeto por los sentimientos de sus hijos, sin comprometer sus propias normas, y traza un equilibrio entre la severidad y el mimo. «Los padres deben fijar un límite entre la aceptación y la aprobación», dice Ginott. «Un médico no rechaza a un enfermo porque sangre; un padre puede tolerar una conducta inadecuada sin castigarla».

Ninguna de estas teorías es muy original, pero gracias a un indiscutible talento para traducir principios psicológicos bien conocidos al lenguaje vulgar, Ginott se ha ganado en Norteamérica una gran reputación. Su libro «Entre padre e hijo», publicado por primera vez en 1965 ha sido traducido a 13 idiomas y se calcula que se ha vendido millón y medio de ejemplares. Ahora ha publicado un nuevo libro titulado «Entre padre y chico» (Between Parent and Teenager) en el que repite los principios del primer volumen, casi palabra por palabra, y lo aplica a los adolescentes. En tres semanas, se ha convertido en un «bestseller».

Ginott opina que, con un poco de sentido común, los chicos de cualquier edad pueden ser fácilmente desafiados. Y aconseja que nunca se le diga a un niño amable «Eres siempre tan bueno»; «Eres un ángel» y advierte que un niño sabe que no siempre es perfecto y tal observación puede provocar en él un sentimiento de ansiedad por «la obligación de vivir un imposible».

bachillerato es absurdo, impropio y descabellado. Algo perfectamente inspeccionable.

Así, pues, este señor y un servidor de ustedes no tendríamos gran cosa de que hablar. Pues en lo esencial, estaríamos perfectamente de acuerdo.

NO ¡HAY PRENDA COMO LA VISTA

Y en aquel preciso instante en que Pablo Escartón dijo, refiriéndose al presunto tchaje de Heleno Herrera por el Barcelona, que le parecía un mal paso, una cosa costosa, absurda, descabellada e impropia, es cuando comenzó a pensar que el Barcelona había dado en la diana y que H. H. podía ser la solución de sus viejos y reiterados problemas.

Y es que no hay prenda como la vista.

EL DEBER DE MATAR

SIEMPRE que lo de «guerra a la guerra» sale a relucir como «el motivo» de los jóvenes airados de nuestro tiempo, pienso que pocas veces una generación ha tenido en sus manos tanta generosa valentía para defender una causa justa y combatir contra una causa innoble.

Meditaba sobre ello contemplando algunas secuencias del espacio televisivo «Treinta años de historia» donde aparecían unas imágenes en las que los «americanos» americanos ametrallaban sin piedad el interior de unas cuevas donde se habían refugiado los japoneses. Aquellos soldados que mataban cumpliendo un deber inexorable, no eran culpables de nada. Pero sí es culpable una sociedad donde ese matar por deber aún es posible y necesario.

No estar conforme con ello me parece una santa disconformidad. A la que des- de luego, me apunto.

O ESPELLO NA MAN

LA NUEVA SOCIEDAD

Por Victoria ARMESTO

—¿Por qué te vas a Colonia, Elsa? —le pregunté— tienes aquí la Universidad de Bonn y si te matriculas en ellas puedes seguir viviendo con tus padres.

—Eso es precisamente lo que no quiero, Victoria —me contestó tranquilamente—. Creo que debo aprender a vivir por mi cuenta, he alquilado una habitación abuhardillada con una estufa. De momento mis padres me pasarán un tanto, luego procuraré dar clases para independizarme.

El padre de Elsa es un hombre en buena posición, un «Herr Direktor». Su madre es una señora buenisima al viejo estilo; casada desde muy joven y sin estudios superiores atiende a la casa admirablemente con la sola ayuda de cuatro horas de asistente semanales.

—Yo creo que eres demasiado guapa, Elsa —le dije—; no terminarás la carrera, te casarás antes.

—¡Oh, no! —me dijo—, eso nunca, yo primero me licencio, luego encuentro un trabajo y finalmente me casaré, pero nunca sin haberme preparado antes.

Elsa, en efecto, acabó la carrera y se empleó en una de las grandes agencias de publicidad. Tampoco su empleo la llevó nuevamente al hogar paterno. Elsa trabajaba en Düsseldorf y allí montó su pequeño piso.

Como manteníamos las relaciones, yo conocía muy bien su vida y sus problemas y amores, primero con un turco, segundo con un duque y tercero con el hijo de un fabricante.

Elsa me dijo que con el turco no se quería casar porque era turco, con el duque porque era duque y con el último porque era hijo de papá.

Si no fuera esto un artículo para periódico, quizá pudiera extenderme algo más respecto a los problemas sentimentales de Elsa, pero más vale que lo deje así. Tengo la impresión, sin embargo, que sus relaciones con Peter, el hijo del fabricante, llegaron a transformarse un poco su vida.

Hubo un momento en que Elsa vació entre el retorno a la esfera tradicional (los padres de Peter eran gentes muy conservadoras) o la prosecución de los fines propios.

Al fin, triunfó su amor a la libertad y despidió a Peter.

Cuando yo me marché de Alemania, Elsa había ascendido y tenía un cargo de importancia en la agencia.

Ahora pregunté por ella y supe que se había casado con un médico y que seguía trabajando. Su cargo actual es todavía más importante y gana, o gana, más de tres mil marcos mensuales. Su marido, como médico, está algo peor retribuido, pero la combinación de los ingresos de ambos resulta muy halagüeña. Elsa vive muy bien, en magnífico piso, con dos asistentes y dos coches.

Elsa me invitó a conocer su casa, un apartamento super-moderno con amplia terraza, desde la que contemplé la gran ciudad de Düsseldorf.

Su marido estaba ausente en viaje profesional. Me enseñó su fotografía, un hombre alto y delgado, bien parecido dentro del tipo intelectual.

Elsa tiene ahora 29 años; con su pelo rojo, sus ojos verdes y su armoniosa figura más parece una modelo que no una economista y mujer de negocios.

Las paredes de su casa estaban materialmente cubiertas con cuadros de muchos colores y con muchas cosas pegadas, sillas, gomas, tornillos; eran obra de pintores amigos del marido.

Elsa me enseñó la cocina mecanizada donde ella guisa algunas noches. Al mediodía, tanto Elsa como su marido comen por separado en la cafetería de turno.

Elsa me dijo que era muy feliz. Su marido era un hombre inteligente y comprensivo, en la oficina se había ganado la confianza de sus jefes, acababa de regresar de un viaje a Turquía en donde había visitado a su antiguo novio turco, allí casado y con seis hijos, a Elsa le había parecido Turquía un país hermoso, pero tan atrasado; y la situación de las mujeres! «Figúrate —me dijo— que no pueden ir ni siquiera al café...».

Mientras ella me hablaba de lo que vio en Turquía, yo la miraba y miraba su apartamento, y las pinturas para mí tan horrendas, pero que a lo mejor tienen tanto mérito y me pregunté: ¿Lo digo o no lo digo? Lo dije al fin:

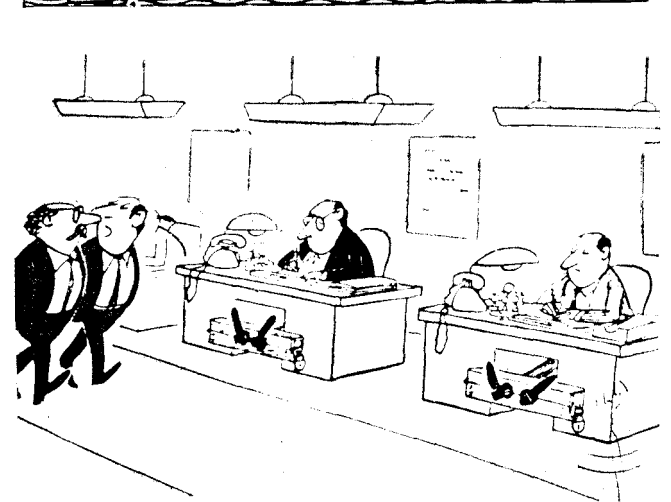
—Elsa... ¿y los hijos?

No parecían ofenderse por mi indiscreción y contestó:

—Somos jóvenes aún, podemos esperar todavía un poco, pero vendrán, por lo menos uno vendrá.

Otro tanto me contestó la mujer de Peter. Mañana les seguiré hablando de Peter, que también tiene un cierto interés.

EUMORO



—La eficiencia de nuestros contables ha aumentado en un cincuenta por ciento con este sistema.

REHABILITACION DEL BESO

NO sé quien dio aquella desagradable definición del beso, según la cual se trataba de un simple intercambio de microbios. «Y algo más, amigos», le daban a uno ganas de decir.

Pero quien lo dice, según leo en «El Alcázar», es el científico austriaco Pierre Albert. Según él, el beso hace duplicar la velocidad de la sangre. La emoción que provoca contrae las glándulas suprarrenales y libera una hormona cuya acción sobre el organismo es excelente, pues multiplica los glóbulos rojos.

En resumen, que el beso es casi una medicina.

Pero habría que añadir: Según a quién se bese, cómo se bese y por qué se bese. Vamos, digo yo.

PROLIJIDAD

ALFONSO Paso tiene fama de ser el autor más prolífico del mundo. Se dice que escribe una comedia cada cinco días. Además, hace guiones de cine, colabora en los periódicos, hace vida social, fuma cigarrillos puros...

—«¿Cómo se las arreglará preguntaba uno?»

—Pues, encima, creo que es un asiduo de la televisión.

—Entonces, ya lo comprendo —tercio otro—. Escribirá mientras sueltan los anuncios...

TAUROFOBIA Y BACHILLERATO

MI compañera Olga Cristina, deliciosa y aguda pincelada femenina en la diaria vibración de nuestras páginas, me aludió ayer con motivo de la visita que le hizo un señor, justamente indignado porque a su hijo, en un test del ba-



Por Luis Caparrós

chillerato, le habían planteado una serie de preguntas de índole taurina, que es tema que el buen señor aborrece, en lo que me parece que está en su derecho.

Yo podría, en efecto, conversar mucho con este señor en torno a la fiesta de toros, pero seguramente no lograría convencerle de sus encantos, entre otras cosas, porque tampoco pretendería tal cosa, ya que quienes abominan de la Fiesta suelen tener razones muy profundas y arraigadas para hacerlo y creo que un elemental deber de convivencia es respetar las ideas ajenas, aunque no se compartan. Precisamente por no pensar así suelen pasar las terribles cosas que pasan y pasaron. Y que me temo que sigan pasando.

Por otra parte, quiero aclarar d ospequeños puntos. El primero, que ser andaluz —sevillano, para precisar—, no obliga a ser aficionado a los toros. Sé de muchos paisanos míos que no participan en el deleite, mientras que conozco a bastantes extranjeros que se pirran por la cosa. En mi caso la coincidencia es puramente casual. Creo que me gustarían los toros aunque hubiera nacido en Irún o en Torrejón de Ardoz, pues la afición tiene una raíz puramente emocional y estética. Me gustan los toros como me gustan las morenas de ojos verdes y la pintura del Greco.

En segundo lugar, me parece razonable la indignación del papá que visitó a Olga Cristina Viaño. Hacer un test sobre toros a un niño de

EL MUNDO QUE NOS DAN

A VUELTAS CON LA CRITICA

UNA de las frases que han adquirido rápida carta de naturaleza entre nosotros es la de «crítica constructiva». La verdad, si uno no acaba de comprender el aditamento de «constructiva», igual rechaza lo de «Dentro de breves días», cuando piensa que los días no son ni breves ni largos, sino que sólo «días». Este término de «crítica constructiva» ha de ser asociado, por otra parte, a la idea de algún cobista. Así cabe interpretarlo, al menos, por la feliz acogida que suelen dispensarle los vanidosos. Sucede que, como vivimos en la época de la hiperestesia a la crítica, a todo lo que no sean elogios suele atribuírsele las peores intenciones.

El inventor de la frase acaso haya querido buscar la antítesis de la definición dada por Goethe, en el «Fausto», acerca del crítico. Al genio de Weimar debían hacerle poquísima gracia los juicios de sus contemporáneos; sobre todo, los adversos. Sólo así puede explicarse que diga de los críticos que son seres ruines, comidos por la envidia; que hablan de todo con la mayor gratuidad, que son incapaces de crear algo. Aun cuando no sean esas sus palabras exactas, responden al sentido que intenta darles. Goethe se considera como un dios del Olimpo. Pretende ser no sólo un buen poeta y un excelente novelista, sino también un extraordinario estudioso de arte, obsesionado por su singular teoría de los colores. Así aparece retratado, por lo pronto, en sus conversaciones con Eckermann.

Los que hablan de «crítica constructiva» parecen ignorar que la crítica, sea favorable o sea adversa, no pretende construir ni destruir, sino tan sólo enjuiciar. Se trata de una de las más nobles funciones de la criatura humana: la de incorporarse a su mundo circundante, al estudiar los pros y los contras de toda tarea artística, política o de cualquier otra índole. Desde el mismo punto y hora en que surge, al lado del elemento noticiable del periódico, la faceta subjetiva del mismo, la función crítica adquiere rápida difusión.

A nadie le agrada que le digan las verdades amargas. Así es como pretente que el crítico tenga dos raseros para enjuiciar las obras: uno, para sus creaciones, y otro, para todas las demás. Esto es, los que hablan de «crítica constructiva» y de «crítica destructiva» se comportan, en definitiva, como los folletistas del siglo pasado cuando dividían a los personajes en buenos y en malos. ¿Por qué no pensar que el crítico, aun cuando como hombre no deja de ser elemento subjetivo, procura ejercer su función con la mayor objetividad posible?

Piénsese que el hombre que elogie o que va-

pulee por sistema, acaba por emitir unos juicios carentes de efectividad. Hablar de «críticas destructivas» se parece a lo que hacían los malos predicadores medievales: creaban un maniqueo imaginario para poder refutar más fácilmente sus doctrinas. Sucede que los juicios adversos irritan. Sobre todo, cuando uno está habituado al «botafumeiro», a la sucesión de elogios; conforme considera que las frases producto de la cortesía o de la amistad responden enteramente a las calidades de su obra, sin pensar, por un momento, cuán condicionadas pueden estar.

Sucede que algunos malos críticos de nuestros días han empañado su juicio, al convertirlo en una sucesión de ditirambos. Por otra parte, la gente está tan acostumbrada a la alabanza, que crítica de crítica de molesta aquella que no ponga de relieve sus «extraordinarias dotes». Y el hecho parece tener una particular justificación en un pueblo como el nuestro, donde la envidia crece como la harba y donde cada individuo parece dispuesto a hacerle siempre una «aena» al primero que se tercie. Así es como el autor teatral que no se considera suficientemente elogiado, llega a sospechar que el crítico acaso haya fracasado en sus intentos de estrenar una comedia. Jamás admite que se trata de un hombre honrado, que procura poner los puntos sobre las íes y que suele ser esclavo de la verdad.

Hablar, pues, de «crítica constructiva» nos parece algo así como pretender que el bien común sea algo puramente personal. Poco importará que la actuación del crítico sirva para elevar a unas personas, a la vez que rebajar a otras; pero sí ha de esforzarse en analizar con la mayor objetividad posible. Su función jamás debe aparecer condicionada por sentimientos bastardos. Entre sus obligaciones no figura la de aconsejar al autor si debió hacer la obra como la hizo —porque entonces se pondría en el mismo plano que aquél—, sino que ha de analizar si el comediógrafo logró su propósito. Lo que no puede hacer el crítico es lamentarse de que se haya escrito una comedia y no un drama. Al autor de melodramas, a su vez, tendrá que examinarlo en este campo, sin llegar a suponer que se trata de un hombre con pretensiones. Mas, en cualquier caso, su misión no es la de construir ni la de destruir, sino, pura y simplemente, la de actuar con honradez y con firme propósito de acertar en sus juicios.

E. MERINO